

ESTRATEGIAS DE CORRESIDENCIA EN PAMPLONA (1840-1930): ANÁLISIS DE SUS CONDICIONANTES Y REFLEXIONES SOBRE SUS CONSECUENCIAS EN EL ORDENAMIENTO SOCIO-POLÍTICO

Fernando Mendiola Gonzalo

Resumen

Durante el siglo XIX se pueden apreciar en Pamplona, dentro de un predominio general de la familia nuclear, diferentes estrategias de coresidencia según los grupos sociales, manteniendo las clases trabajadoras un menor tamaño medio y un menor porcentaje de familias complejas. Durante los inicios del siglo XX, como respuesta a las dificultades económicas, se produce un aumento del tamaño y de la complejidad entre las familias obreras. Este crecimiento de la complejidad familiar hay que valorarlo dentro de un marco rural al que no era ajena la ciudad, en el que la familia troncal era dominante, y signo de una más alta posición social. En el artículo se plantea la hipótesis de que esta respuesta obrera, y sobre todo la manera en que es valorada socialmente pueden entenderse como parte de los mecanismos de amortiguación de las tensiones sociales producidas por el desarrollo industrial capitalista.

Palabras clave: Navarra, industrialización, estructuras familiares, clases trabajadoras, orden socio-político.

Abstract

During XIXth century we can distinguish in Pamplona, within the predominance of simple family households, different coresidence strategies for each social group, and we can see that working class

families were smaller than others, and with a lower percentage of extended and multiple family households. During the first decades of XXth century, and as a response to economic difficulties because of the beginning of industrialization, family size and the percentage of extended and multiple family households increases amongst working class. These changes must be understood within a rural frame surrounding the town, where stem-family was dominant and a sign of a higher social status. In the article we pose the hypothesis that this working class response, and, mainly, the way in which it is socially perceived, may be understood as ways of tempering social tensions produced by industrial capitalist development.

Key words: Navarra, industrialization, family structures, working class, socio-political order.

Résumé

Pendant le XIXeme siècle on peut apprécier à Pamplona, dans une hégémonie général de la famille nucleaire, l'existence de différentes stratégies de coresidence des différentes groupes sociales, étant les classes travailleurs qui possèdent un mineur taille du groupe domestique et un mineur pourcentage de familles complexes. Pendant les premières années du XX siècle, et comme reponse aux difficultés économiques, on assiste à une augmentataion de la taille et de la complexité des familles ouvriers. Cet accroissement de la complexité familiale doit etre valorisé dans un encadrement rural dans lequel la famille-souche était dominante et au meme temps signe d'une plus haute position social. Dans le present article on analyse comme hypothèse le fait de que cette réponse ouvrier, et notamment la façon dans laquelle est estimé socialment, peut etre comprise comme partie des mecanismes d'amortissement des tensions sociales produites por le développement industriel capitaliste.

Mots clef: Navarra, industrialisation, structures familiaux, classes travailleurs, ordre socio-politique.

1. Valores y necesidades en las estrategias de coresidencia

Una de las decisiones más importantes en la vida de las personas es la de decidir con quién vivir en cada momento, eso que desde historia social y la demografía histórica se han llamado «estrategias de coresidencia» o «estructuras familiares». En este sentido, a pesar de las críticas y aportaciones que ha recibido, la tipología propuesta por Peter Laslett (1972), orientada sobre todo hacia el marco

europeo, sigue siendo una de las principales herramientas con la que la historiografía intenta desvelar, de una manera comparada, esos modelos de convivencia, también llamados sistemas familiares, unos sistemas que, más allá de su crucial importancia en la vida de cada persona, forman parte básica de la estructura social. Esta es una de las razones por las que la historia de la familia ha pasado a convertirse en uno de los focos de atención de una renovada historia social y económica.

Esta renovada atención por las cuestiones familiares como manera de acercarse a la estructura y reproducción social no ha estado, sin embargo, ajena a importantes cuestiones teóricas que en el fondo no sólo afectan a la historia de la familia, sino al mundo más global de la historia social, en el que se han renovado los estudios sobre lo cotidiano, y se ha reconocido la complejidad, dificultad, y muchas veces artificiosidad, de establecer barreras rígidas entre comportamientos calificados como económicos o culturales, cuestiones estas sobre las que las reflexiones de E.P. Thompson son imprescindibles, no sólo en referencia al desarrollo industrial, sino más también en los estudios sobre la familia (Thompson, 1989).

Así pues, el mundo familiar, como uno de los ejes del comportamiento social, ha resultado afectado por ese debate, de manera que han sido muchas las aportaciones historiográficas que han revelado la complejidad de ese comportamiento, en el que se entrelazan concepciones sobre el valor de los hijos y de otros parientes, diferentes modelos de masculinidad y feminidad, y las estrategias de supervivencia en marcos económicos que regulan un desigual reparto de la riqueza y de acceso a los recursos. Al mismo tiempo, la manera en que las personas perciben sus propias condiciones de vida, y su marco de convivencia, influye claramente en el modo de consolidación del orden social, en el complejo mundo de mantenimiento de ese orden en el que además de mecanismos formales de tipo político o penal, tienen una gran importancia otros tipo de factores que ha sido calificados en la historiografía del control social como «controles informales». Así pues, al escribir e investigar sobre historia de la familia estamos adentrándonos en el complejo tema de la estructuración social.

Evidentemente, el objetivo de este artículo es más concreto, y se va a ceñir, dentro del amplio abanico de las estrategias familiares, a las estructuras familiares y las estrategias de coresidencia. Voy a

tratar de dibujar algunas de las líneas claves de la evolución de estas estrategias, evidentemente diferentes según los grupos sociales, desde el mundo preindustrial de finales del siglo XVIII y el siglo XIX hasta los inicios del desarrollo industrial y urbanístico de Pamplona, en el primer tercio del siglo XX. Para esa evolución global voy a utilizar los datos que Mikelarena (1994) suministra sobre 1786, y las muestras informatizadas del padrón de 1843 y los censos de 1860, 1887, 1910, y 1930.¹ Para el periodo preindustrial he escogido el año 1887 con objeto de realizar un análisis en más profundidad según la edad y profesión del cabeza de familia, debido a las ventajas de la información de ese año sobre la de 1843 y 1860,² aún sabiendo que en 1887 se están empezando ya a notar ciertas señales de cambio socio-económica en la ciudad. Respecto al primer ter-

1 Tanto para este artículo como para la tesis doctoral que estoy preparando, en la que abordo también otros aspectos de las estrategias familiares en Pamplona, las hojas familiares de las listas nominales de población, padrón municipal de 1843, y censos de 1860, 1887, 1910, y 1930, son una de las principales fuentes utilizadas. De estas fuentes he informatizado una muestra aleatoria de hogares (con un total de 4.184, 4530, 4860, 5.325 y 4820 habitantes en cada uno de los años, respectivamente), lo cual supone trabajar con un margen de error del +/- 2%.

Este tipo de muestreo ha sido también realizado en otros estudios de historia social y de la familia, como el de Anderson (1971), quien trabajó con el 15% de los hogares de Preston en 1851, cuando la ciudad contaba con 69.502 habitantes. Coincido con Anderson en la advertencia que hace sobre el peligro de pérdida de representatividad al desglosar demasiado según diferentes variables los datos de una muestra que no abarca el total de una población, y por esta razón opino que en la medida que realizamos ese desglose, imprescindible para avanzar en el análisis social, los datos deben más leerse como tendencias generales que como porcentajes o números medios exactos.

2 Tanto en 1887 como en 1860 la profesión de cada persona en las hojas familiares aparece acompañada del adjetivo «jornalero», en el caso de que no estuvieran trabajando de manera independiente. Esta diferenciación me ha sido de gran utilidad para poder adentrarme en las importantes variaciones que se esconden bajo la denominación «labrador» o «artesano», en función de posibilidad, o no, de explotar una unidad económica independiente, ya sean tierras o un taller o comercio, una posibilidad que resulta fundamental para entender los comportamientos familiares y que me ha hecho decantarme por uno de estos años. A la hora de elegir entre ellos me he centrado en 1887 por la especificidad del año 1860, en el que desciende el tamaño medio del hogar en casi todos los grupos sociales. A pesar de lo tardío de la fecha, creo que son los datos de este año los que mejor reflejan las diferencias sociales en una sociedad preindustrial a la hora de formar un hogar. De todos modos, he encontrado una gran estabilidad en esas diferencias entre los datos de 1860 y 1887, y una continuidad con la lógica de los datos de 1786 y 1843.

cio del siglo XX, es en 1930 cuando se pueden observar de manera más clara los efectos del desarrollo económico sobre la evolución de las estructuras familiares en los diferentes grupos sociales. Posteriormente, una vez analizada esa evolución de las estrategias de coresidencia, voy a intentar reflexionar y plantear algunas hipótesis sobre la relación entre estas estrategias con la evolución del orden social y político de la ciudad durante los inicios de la industrialización.

A pesar de que la industrialización de Pamplona propiamente dicha haya que situarla en la segunda mitad del siglo XX (Larrión, 1995) durante los últimos años del siglo XIX y principios del XX encontramos algunas transformaciones importantes que nos llevan a situar en estos años los inicios de la industrialización pamplonesa (Loshuertos, 1991). De todos modos, de cara a enmarcar las estrategias de coresidencia con la evolución económica de la ciudad, creo que la situación urbanística y el mercado de la vivienda son aspectos esenciales a tener en cuenta, no sólo porque esto es algo que debe estar presente en los estudios de historia de la familia, (Anderson, 1971), sino porque en el caso de Pamplona, la polémica con el ejército y el Ministerio de la Guerra impide al ayuntamiento planificar o autorizar la ampliación de la ciudad.

Esta polémica va a imposibilitar al ayuntamiento de la ciudad efectuar un ensanche derribando parte del complejo militar fortificado que rodea la ciudad, y va a provocar graves problemas de hacinamiento en un casco viejo que no hace sino aumentar su población. En efecto, a pesar de que la población ha aumentado desde los 15.000 habitantes de 1843³ a los 29.472 de 1910, en esos momentos la gran mayoría de la población sigue viviendo en el mismo espacio intramuros, con las pequeñas excepciones de los barrios extramurales y del reducido primer ensanche, construido a partir de 1888 (Orve Sivite, 1984). Si bien los inicios del segundo ensanche y la construcción en otros barrios extramurales durante la década de los veinte podrían haber aliviado en parte esa situación, el continuo crecimiento demográfico de la ciudad, sobre todo en esta década, lle-

3 Este padrón recoge 12.326 habitantes, pero advierte que no incluye los pobres de la Misericordia, las Hermanas de la Caridad, los residentes en la Inclusa, los militares acuartelados ni las religiosas de San Pedro, con lo cual la cifra aproximada sería de 15.000 habitantes.

gando en 1930 a 42.259 habitantes, con una tasa de crecimiento anual del 2,62% (Mikelarena, 1993, 425), hace que los problemas sigan vigentes.

Estos problemas van a ser especialmente graves para las clases trabajadoras, y van a tener su influencia en las estrategias de coresidencia y las estructuras familiares. Ejemplos de esas dificultades los encontramos en la autobiografía de Josefina Guerendian (1996), cuando nos cuenta cómo vivió su madre al emigrar a Pamplona con 13 años en 1899:

Su hermana vivía con su tía, que estaba casada con un barrendero del Ayuntamiento de Pamplona y ya tenían descendencia. Vivían con su madre, todos revueltos: dos habitaciones, un water sin lavabo y una cocina. Allí mismo, en la cocina, pusieron una cortina y servía de cuarto para las chicas (Guerendiain, 1996: 18).

Es este un ejemplo de la importancia de las redes familiares para organizar la emigración a la ciudad, una emigración que es la principal causa del continuo crecimiento de la ciudad. Estos movimientos migratorios se intensifican en la segunda mitad del siglo XIX, pero no podemos pensar que sean un fenómeno nuevo. Tal y como la mayoría de las ciudades preindustriales europeas, en Pamplona encontramos un crecimiento vegetativo negativo (Anaut, 1998). Es gracias a los movimientos migratorios que la ciudad mantiene y aumenta su número de habitantes, siendo en todo el periodo estudiado más de la mitad de ellos nacidos fuera de la ciudad.⁴

Estos movimientos migratorios sirven para interconectar de manera continua la ciudad con su entorno rural, la Zona media y la montaña navarras, en el que la troncalidad y las familias complejas pueden ser calificadas de hegemónicas a pesar de su diversidad agrícola y económica, tal y como ha demostrado Mikelarena (1995).

⁴ En 1887 un 60,8% de la población había nacido en la ciudad, y en 1930 un 57,9%.

Entre estos inmigrantes un 72,7% eran navarros, y de ellos un 65,7% originarios de la zona de hegemonía troncal, la montaña y zona media. En 1930 estos porcentajes se mantienen bastantes estables, con un 73,7% y 61,4% respectivamente. A este respecto, conviene no olvidar que la población militar acuartelada no está incluida en la muestra que estoy utilizando.

Sin embargo, esta hegemonía de la troncalidad se ve matizada según los grupos sociales, siendo mucho más seguida entre labradores con explotación propia que entre los jornaleros, y más entre los labradores propietarios que entre los arrendatarios. A la hora de explicar esta hegemonía de prácticas troncales, Mikelarena subraya la importancia de factores culturales como clave explicatoria, uno de cuyos signos sería la concordancia del área de predominio de familias complejas con el de la extensión del euskera en Navarra en el siglo XVI.

En su estudio sobre el origen histórico del sistema de heredero único en el prepirineo navarro, Moreno y Zabalza describen «*la aparición de la casa como un proceso creciente de diferenciación y complejidad de la comunidad aldeana*» (1999: 417), fundamentalmente localizado en el siglo XVII, que poco a poco se impulsa desde la pequeña nobleza rural a las aldeas, un proceso en el que influye la consolidación del matrimonio impulsado por la Contrarreforma y el fortalecimiento de un concepto de propiedad que erosiona la explotación comunitaria de la tierra. Junto a estas tendencias generales, estos autores señalan la importancia de aspectos culturales para explicar por qué en algunas zonas se consolida el sistema troncal de heredero único.⁵

Estas aportaciones ponen de manifiesto la necesidad de estudiar los comportamientos familiares no sólo tomando en cuenta las condiciones materiales en las que se desenvuelven, sino también intentando acercarse al mundo de los valores en el que encuentran significado las diferentes maneras de estructurar el grupo familiar.

Esta óptica, que enlaza con las reflexiones de E.P. Thompson a las que antes hacía referencia, creo que no puede ser olvidada al adentrarnos en el mundo urbano, debido a la fuerte interconexión en la que vivía con su entorno rural. Esa es la razón por la que intentaré incorporarla al análisis y explicación de las estructuras

5 En concreto, señalan la importancia de «*la concepción de la tierra como fundamento y soporte de la identidad familiar*» (1999: 187). Dentro de Navarra, sin embargo, Sánchez Barricarte, aún reconociendo la importancia de factores culturales, atribuye la geografía de la troncalidad familiar a que ésta es «*la mejor organización social de supervivencia en un medio agrícola pobre*» (1998, 94). Un estado de la cuestión sobre la geografía de las estructuras familiares en el estado español se puede encontrar en el trabajo de Mikelarena (1992)

familiares urbanas, y, a modo de hipótesis, en mis reflexiones sobre la influencia de esas estrategias y el significado que les otorgan los habitantes de la ciudad en la evolución del ordenamiento social a medida que avanza el proceso de industrialización capitalista.

2. Evolución de largo plazo de las estructuras familiares en Pamplona: 1786-1930

Antes de profundizar en un análisis más detallado de las estructuras familiares según los grupos sociales, y de intentar captar su dinamismo y evolución a través del ciclo vital, creo que es útil realizar una aproximación sobre la evolución general de estas estructuras desde los momentos preindustriales hasta los comienzos de la industrialización partiendo de los datos suministrados por los cuadros 1 y 2.

En primer lugar, tenemos que destacar la estabilidad de las estructuras familiares entre finales del siglo XVIII y el siglo XIX, durante lo que se puede considerar como un periodo preindustrial. Durante este periodo encontramos una clara hegemonía de las familias nucleares, en consonancia con lo que es la tónica dominante del resto de las ciudades del País Vasco peninsular, y en general del estado español. Por otro lado, a pesar de la relativa estabilidad en las estructuras, podemos encontrar dos cambios importantes en lo que se refiere al tamaño y la composición de los hogares.

El tamaño medio de los hogares tiende a descender hasta 1860, año en el que posiblemente se dejen sentir todavía los efectos de la epidemia de cólera de 1855, para recuperarse ligeramente en 1887. De todos modos, más importantes que esa variación del tamaño medio es el descenso de quienes vivían en el hogar sin relación de parentesco con el cabeza de familia, como es el caso de sirvientes domésticos y huéspedes, y el aumento del número medio de hijos e hijas que viven en el hogar. Estamos, por lo tanto, asistiendo a un proceso de «privatización» e «intimización» del hogar, ligado tanto con el mundo de los valores y los sentimientos, lo que N. Elias ha llamado «proceso de civilización», como con un cambio en la función económica del hogar, cada vez más desvinculado de la producción de bienes y servicios para el mercado (Hareven, 1991).

CUADRO 1
Estructuras familiares en Pamplona

	I	II	III	IV	V	IV+V	tot*
1786	12,6	3	65,7	13,4	5,2	17,6	
1843	1,79	9,56	70,0	14,3	4,41	18,71	952
1860	10,4	7,44	66,8	11,8	3,51	15,31	1169
1887	5,62	6,16	70,9	14,1	3,21	17,31	1121
1910	6,56	7,26	66,4	16,3	3,50	19,8	1141
1930	6,80	8,54	62,2	17,3	5,15	22,45	1030

*: nº de hogares recogidos en la muestra analizada.

FUENTE: Para 1786, Mikelarena, (1994: 131). Para el resto de año, elaboración propia a partir de padrones y censos.

CUADRO 2
Composición y tamaño del hogar

	1786	1843	1860	1887	1910	1930
cab.	1	1	1	1,00	1	1
conyu.		0,71	0,64	0,71	0,64	0,62
hij.	1,28	1,39	1,39	1,61	2,12	1,94
dom.	0,98	0,47	0,42	0,34	0,32	0,25
par.	0,33	0,39	0,30	0,32	0,46	0,44
sin par.		0,38	0,11	0,12	0,01	0,02
huesp.	0,28	0,02	0,01	0,04	0,05	0,04
tot.	4,30	4,36	3,87	4,14	4,60	4,32

FUENTE: para 1786: Mikelarena, 1994; para el resto, elaboración propia.

Esa hegemonía de la familia nuclear en el mundo urbano marca un claro contraste con el marco rural en que se enclavan, y del que proceden la mayoría de los inmigrantes de la ciudad. Sin embargo, esos contrastes no deben entenderse de manera excluyente o antagónica, sino más bien complementaria, tal y como han puesto de relieve las investigaciones de Mikelarena, para el caso navarro, o Arbaiza (1996), en el territorio vizcaíno, de manera que la emigración a las ciudades se convierte en una válvula de escape que posibilita la estabilidad del sistema troncal.

Los estrechos vínculos entre mundo urbano y rural van a dejar también su huella en las estrategias de coresidencia. En efecto, si comparamos las estructuras familiares de Pamplona y de otras ciu-

dades de la franja norte peninsular, zona de hegemonía troncal, con las de zonas meridionales y del interior en las que predominan las familias nucleares, podemos encontrar un significativo mayor porcentaje familias complejas en las primeras, que quienes han avanzado en este tipo de comparaciones han atribuido a la influencia de los modelos de herencia del mundo rural en la ciudad (Mikelarena, 1992; Reher, 1996), unos sistemas de herencia en los que se entrelazan cultura y economía. Ejemplo de esos contrastes entre los dos tipos de ciudades es la comparación de los datos de Pamplona con los de Logroño durante la segunda mitad del siglo XVIII, donde el tamaño medio del hogar, 3,57 miembros, y el porcentaje de familias complejas, un 8,69% del total, son significativamente inferiores a los de Pamplona (Lázaro y Gurría, 1992: 106-110).

Por lo que respecto a la evolución en las primeras décadas del siglo XX, tenemos que resaltar en primer lugar el significativo aumento del porcentaje de familias complejas, que llegan a un 19,8% en 1910 y a un 22,45% en 1930, en contraste con la evolución de una zona de la Navarra media occidental como la Amezkoa baja, donde el porcentaje de familias complejas desciende entre 1860 y 1930 del 45,8% al 39% (Erdozáin, 1999: 195). Así, mientras en el medio rural podemos encontrar algunos pequeños síntomas de debilitamiento del modelo troncal,⁶ en el medio urbano apreciamos un aumento de los hogares que albergan parientes no enmarcados en el núcleo familiar.

Sin embargo, ese aumento de la complejidad familiar en el mundo urbano tiene relación con lo ocurrido en otras ciudades durante el proceso industrializador. El clásico trabajo de Anderson sobre Lancashire, entre otras investigaciones, pone de manifiesto la importancia de estos lazos como recurso de las clases trabajadoras frente a las dificultades de la industrialización algo sobre lo que también ha investigado Hareven (1982). En concreto, el porcentaje de familias complejas pasa en Bilbao del 17,3% al 23,6% entre 1825

6 De todos modos, conocida la diversidad del territorio navarro, serían necesarias más investigaciones sobre el tema en diferentes zonas para poder hacernos una idea de la evolución de las estructuras familiares en el mundo rural durante las primeras décadas del siglo XX, una evolución sin duda influenciada por la diferentes características socio-económicas de cada zona.

y 1930 (González Portilla, 1996).⁷ Queda así puesta de manifiesto la poca base empírica de aquellas teorías, fundamentalmente de la sociología funcionalista, que señalaban la disolución de la familia como consecuencia de la industrialización.⁸

Además de este aumento de la complejidad familiar hay que destacar el aumento del número medio de hijos e hijas en los hogares como otra de las grandes novedades de los inicios del proceso industrializador, un aumento que, como se verá posteriormente, tiene sobre todo relación con el retraso en el abandono del hogar. Por otro lado, se mantienen las tendencias antes mencionadas sobre el descenso de sirvientes domésticos y huéspedes. A este respecto, resulta significativo que no encontremos en la capital navarra esa tendencia a albergar huéspedes entre las clases populares, una práctica que en otras zonas resultó de gran importancia de cara a las estrategias familiares, tal y como han demostrado Pérez-Fuentes (1993) y Hareven, (1982), entre otros.

3. Las estrategias de coresidencia en la Pamplona preindustrial (siglos XVIII-XIX)

El análisis de las estructuras familiares debe realizarse tomando en cuenta factores como la diferenciación social o la edad del cabeza de familia, algo especialmente necesario en marcos urbanos de gran heterogeneidad. Es por ello que en este artículo voy a centrarme en esas diferencias sociales, primero con una panorámica global, y más tarde intentando captar su dinamismo a lo largo del

7 En otras localidades vizcainas se aprecia una evolución dispar (Arbaiza, 1994: 327). En el caso de la más afectada por el proceso de industrialización, Barakaldo, el ligero descenso de familias complejas entre 1825 y 1910 debe ser entendido dentro del cambio socio-económico del municipio (pasa de un 23,5% a un 20,87%), en gran medida agrícola en 1825, y profundamente industrializado en 1910. En el caso de la Catalunya central Ferrer y Alòs señala que «*el trabajo textil, (industrial) fue aprovechado desde la perspectiva y dinámica de la familia compleja*» (1994: 227). Por otro lado, entre mediados y finales del siglo XIX se produce un ligero descenso de las familias complejas en núcleos fabriles catalanes como Tarrasa o Sabadell (Camps, 1995: 108), pero manteniéndose en porcentajes superiores al 20% de las familias, lo cual es muestra de la importancia de la coresidencia familiar.

8 Una buena valoración crítica de estas teorías puede encontrarse en la obra de Harris (1986)

ciclo vital, para lo cual me voy a fijar en el peso, en los diferentes momentos de dicho ciclo, de los parientes corresidentes y de los hijos e hijas.

Voy a empezar con el tamaño y la composición del hogar según los diferentes sectores sociales, tomando como eje clasificatorio las profesiones más significativas de la ciudad.⁹ Uno de los resultados más significativos del cuadro 3 es la importancia de las diferencias sociales a la hora de explicar las variaciones en la composición del hogar preindustrial, ya que resulta evidente que los grupos de mayor status social, o que cuentan con una explotación económica propia, tal y como labradores, artesanos, comercio y hostelería, y profesiones liberales son los que presentan un hogar más numeroso, mientras que aquellos en los que el cabeza de familia es asalariado el tamaño medio desciende considerablemente, con la excepción de quienes aparecen clasificados como empleado, que sin duda alguna contarían con una posición más alta. En la misma línea, en el caso de los hogares encabezados por mujeres de diferentes profesiones, el tamaño desciende todavía más.

Además del mayor número medio de sirvientes que aparecen en las familias más acomodadas, podemos apreciar en el cuadro 3 que la presencia de hijos e hijas y de parientes corresidentes también son factores claves que merecen un análisis más detallado para explicar en ese mayor tamaño del hogar. De cara a obtener unos resultados más representativos en ese análisis he incluido en un mismo grupo a las clasificaciones de jornaleros, labradores jornaleros, artesanos jornaleros, y asalariados de servicios, que tanto en el cuadro 3 como en otras investigaciones han probado presentar un comportamiento bastante homogéneo.¹⁰

9 He optado por utilizar simplemente los grupos profesionales más significativos de los cabezas de familia, excluyendo las familias en las que el cabeza de familia no tiene profesión declarada. El motivo de esta exclusión es la gran heterogeneidad interna de este grupo, en el que caben situaciones muy diversas que restan significado a los promedios obtenidos. Un grupo más homogéneo internamente es el de los hogares sin ningún miembro familiar con empleo reconocido en las hojas censales, pero, más allá de algún dato general aportado durante el texto, tampoco he incluido estos hogares en las clasificaciones que utilizaré, debido a que para su comprensión tendríamos que adentrarnos en aspectos más complejos sobre la relación entre pobreza, género y ciclo vital, temas sobre los que profundizo en la tesis doctoral en curso.

10 En la tesis doctoral que estoy preparando aparecen más datos que demuestran esas semejanzas, tanto para 1860 como para 1887.

CUADRO 3

Composición familiar según el grupo social. 1887

	<i>conyu</i>	<i>hijos</i>	<i>domést.</i>	<i>par.</i>	<i>sin par.</i>	<i>huesp.</i>	<i>tot</i>
I	0,8	2,3	0,4	1	0,1	0	5,5
I. (jorn)	1	1,7	0	0,2	0,1	0	3,9
II. artesanos	1	2	0,4	0,3	0	0,1	4,8
II. art. jorn	1	1,6	0,1	0,2	0	0	3,9
II. art. muj.	0	1	0	0,4	0	0	2,4
II. jornaleros	1	1,7	0	0,2	0,1	0	4,1
III. serv. asal	1	1,2	0,1	0,3	0,1	0	3,7
III. serv. empl.	1	2,1	0,4	0,2	0	0	4,7
III. serv. noasal	0,9	1,8	0,9	0,6	0,2	0,1	5,4
III. serv. muj.	0	1,2	0,2	0,2	0,1	0,3	3
III. lavanderas	0	1,2	0	0	0	0	2,3
III. prof.lib	0,9	2,1	0,8	0,4	0,1	0	5,3
total	0,7	1,6	0,3	0,3	0,1	0	4,1

Los números I, II, y III responden al sector económico, que posteriormente son matizados. Se trata de cabezas de familia masculinos, excepto cuando se indica que son mujeres. En el sector primario se distingue entre labradores y labradores jornaleros; en el secundario entre artesanos, artesanos asalariados, jornaleros sin cualificar, y mujeres artesanas, fundamentalmente del sector textil. En el terciario encontramos asalariados en general, los clasificados como «empleados», los no asalariados (que sobre todo responden al comercio y hostelería), las mujeres del sector servicios en general, del que está excluidas las lavanderas, que aparecen aparte, y las profesiones liberales.

FUENTE: Elaboración propia.

Los datos del cuadro 4 son en gran medida reflejo de esa menor presencia de parientes coresidentes entre las clases trabajadoras, ya que es en este grupo en el que encontramos un menor porcentaje de familias complejas, mientras que entre las profesiones liberales, y, sobre todo, entre las familias con unidad económica independiente, encontramos un mayor porcentaje de este tipo de familias.

Queda clara, por lo tanto, la relación entre posición social, tamaño y complejidad familiar, una relación que también se puede observar en los datos de 1843 o 1860, e incluso en 1786. En este año también se aprecia el menor tamaño de los hogares de jornaleros, debido a la menor presencia de parientes, domésticos e hijos e hijas, lo cual también incide en un menor porcentaje de hogares complejos entre las familias jornaleras frente al mayor tamaño y complejidad de los hogares de artesanos, labradores o profesionales liberales (Mikelarena, 1994) una evidente diferenciación social en las estrategias de coresidencia que también ha sido comprobada para otras ciudades

preindustriales como Logroño (Lázaro y Gurría, 1992) o Cuenca (Reher, 1990), y que se hace más evidente todavía en los hogares que vivían en la pobreza reconocida oficialmente. Mediante el análisis de los hogares registrados en la documentación de instituciones de beneficencia ha quedado constatado el menor tamaño de los hogares de los pobres en ciudades como Florencia (Woolf, 1989) o Burgos (Carasa, 1994).

CUADRO 4

Estructuras familiares según la profesión. 1887

	labr.	jorn/asal.	artes.	serv.	prof.lib	total
I	2,6	1,3	0,8	0,0	0,0	5,6
II.a	0,0	0,3	0,0	1,3	1,0	2,0
II.b	0,0	0,3	0,0	1,3	3,0	4,2
III.a	13,2	20,7	14,8	16,7	13,0	13,6
III.b	44,7	62,2	59,4	43,6	58,0	45,1
III.c	0,0	1,6	2,3	2,6	4,0	1,3
III.d	5,3	0,5	0,0	0,0	1,0	10,8
IV.a	13,2	3,2	3,9	7,7	1,0	4,1
IV.b	0,0	2,9	11,7	14,1	5,0	4,6
IV.c	7,9	3,4	4,7	6,4	8,0	4,3
IV.d	5,3	0,5	0,8	3,9	0,0	1,2
V.a	2,6	1,3	0,8	1,3	2,0	1,5
V.b	5,3	0,5	0,0	0,0	0,0	0,5
V.c	0,0	0,8	0,8	1,3	4,0	0,8
V.d	0,0	0,5	0,0	0,0	0,0	0,4
total	100	100	100	100	100	100
% compl	34,2	13,1	22,6	34,6	20,0	17,3
% colaterales	7,9	4,2	5,5	7,7	12	5
% colat/compl.	23,0	32,0	24,2	22,2	60,0	29,4
% múltiples	7,9	3,1	1,6	2,6	6	3,2
%mult./compl.	23,0	24,0	6,9	7,4	30,0	18,6

FUENTE: Elaboración propia.

Dentro de este panorama, hay que destacar la especificidad de los hogares encabezados por mujeres con empleo, unos hogares más pequeños que el resto, y cuya principal característica sería la heterogeneidad y la diversidad de situaciones que recogen, como

viudas con algún hijo o hija, parientes que viven juntas, mujeres que viven solas o que mantienen a una madre viuda (Mendiola, 1998), una diversidad que parece a la vez reflejo de una imposibilidad de mantener un hogar más grande, y de una cierta independencia económica.

Estamos ante diferentes estrategias de coresidencia según la posición social, unas estrategias que, como se ha visto, son parecidas a las de otras ciudades preindustriales. Sin embargo, si comparamos los datos sobre complejidad familiar en los diferentes grupos sociales, encontramos diferencias significativas entre algunas de estas ciudades. Así, el porcentaje de familias complejas de todos los grupos sociales de Pamplona es superior al que se puede encontrar para estos grupos en ciudades como Cuenca (Reher, 1990) o Logroño, (Lázaro Gurría, 1992), y similares a los encontrados en Estella (Erdozáin y Mikelarena, 1990). Estas comparaciones nos muestran que, junto a las importantes diferencias sociales a la hora de formar el hogar, podemos encontrar en Pamplona, en todos los grupos sociales, una influencia de modelos culturales rurales en los que la complejidad familiar es tónica dominante. En este sentido, Burguière (1986) resalta también el papel de los inmigrantes en la difusión, del campo a la ciudad, de sistemas familiares que nacen y se explican sobre todo desde el mundo rural.

Ahora bien, no podemos caer en el error de equiparar complejidad familiar con prácticas troncales. Si bien en el marco rural vasco queda claro que la complejidad obedece a la práctica de la troncalidad, creo que en las ciudades los comportamientos serían mucho más heterogéneos, y la complejidad familiar podía estar influenciada tanto por esas prácticas troncales como por estrategias de solidaridad familiar en momentos de dificultades especiales. Para avanzar en estos aspectos, y, en esa misma línea argumental, poder comparar la complejidad preindustrial con la de principios del siglo XX, he elaborado el cuadro 5, en el que aparecen desglosados el número medio de parientes por hogar complejo en cada momento del ciclo vital, desglosado según los diferentes grupos sociales, y diferenciando el grado de parentesco en ascendente, descendente o colateral, siempre en función del cabeza de familia.

CUADRO 5

Media de parientes asc/desc/col según la edad y profesión del cabeza. 1887

<i>labradores</i>					<i>jornaleros</i>				
	<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>		<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>
2	1,2	0,0	1,0	2,2	2	0,6	0,3	0,6	1,4
4	0,2	1,0	1,0	2,2	4	0,2	1,1	0,5	1,8
6	0,0	5,0	0,0	5,0	6	0,0	2,0	0,3	2,3
total	0,5	1,5	0,8	2,8	total	0,4	0,8	0,5	1,7
<i>artesanos</i>					<i>servicios no asalariados</i>				
	<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>		<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>
20-39	0,7	0,3	0,4	1,3	20-39	0,7	0,3	0,7	1,6
40-59	0,4	0,6	0,6	1,6	40-59	0,2	0,7	0,5	1,3
>59	0,3	1,0	0,0	1,3	>59	0,2	2,0	0,0	2,2
total	0,6	0,4	0,4	1,3	total	0,5	0,7	0,5	1,7
<i>prof. liberales</i>					<i>total</i>				
	<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>		<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>
20-39	0,7	0,7	0,3	1,7	20-39	0,7	0,2	0,6	1,6
40-59	0,2	1,0	0,9	2,1	40-59	0,2	1,0	0,7	1,9
>59	0,0	2,5	1,0	3,5	>59	0,1	1,9	0,5	2,5
total	0,3	0,9	0,9	2,1	total	0,4	0,8	0,6	1,9

FUENTE: Elaboración propia.

Los datos del cuadro 4 ya nos ha revelado diferencias significativas en la complejidad familiar de los diferentes grupos sociales, tales como el mayor peso de la complejidad colateral en el caso de hogares encabezados por jornaleros/asalariados que en el de quienes tienen una unidad económica independiente, ya sea en la agricultura, en la artesanía o en el sector servicios. Si profundizamos en esas cuestiones a través del cuadro 5, el primer resultado relevante que nos aparece es que el momento en que más parientes acogen los hogares complejos de Pamplona es aquel en el cual el cabeza de familia tiene más de 60 años, con 2,5 parientes corresidentes, mientras que en las edades inferiores no llegan a 2. Así pues, la complejidad aumenta a medida que avanza el ciclo vital, y, por lo tanto, los parientes descendientes son los más importantes numéricamente. Sin embargo, también hay que señalar la mayoría de parientes ascendentes, 0,7 por hogar complejo, en el momento de formar el hogar, con el cabeza entre 20 y 39 años de edad.

Esta primera aproximación nos viene a señalar la mayor importancia de la complejidad vertical sobre la horizontal, una hegemonía

que es más clara entre los hogares que tienen una unidad económica propia, y que puede estar en muchos casos ligada a prácticas troncales en cuestiones de herencia.

Por otro lado, son los hogares de jornaleros/asalariados y los de profesionales liberales los que presentan una mayor importancia de la colateralidad en su manera de formar hogares complejos, aunque eso no signifique que sean estos grupos quienes mayor número de parientes colaterales alberguen. De todos modos, las diferencias entre estos dos grupos son claras, ya que en los hogares de profesionales liberales el 83,3% de los parientes son mujeres, (el porcentaje más alto de todos los grupos sociales) que, sobre todo en la vejez, se ven incapaces de mantener un hogar solitario. En este caso, parece que la situación familiar permite albergar en el hogar a parientes ancianos que no tienen empleo. En el caso de los jornaleros y asalariados, por el contrario, la mayor parte de parientes colaterales se concentran en los momentos de formación del hogar, cuando el cabeza de familia cuenta entre 20 y 39 años, con un equilibrio mucho mayor entre hombres y mujeres. En este caso, a diferencia de los hogares de profesionales liberales, la colateralidad más parece una estrategia provisional, hasta que esos parientes relativamente jóvenes puedan organizar su vida de manera más independiente.

Además de las diferencias observadas en el caso de los parientes, también en la permanencia de los hijos e hijas en el hogar encontramos importantes diferencias entre los grupos sociales de cara a configurar esas estrategias de coresidencia, unas diferencias que se observan sobre todo en el caso de hijos e hijas de más de 14 años de edad, tal y como aparece en el gráfico 1.

En este gráfico queda claro que los hogares de artesanos, profesionales liberales y autónomos del sector servicios son quienes más hijos de más de 14 años albergan, mientras que en el caso de los hogares de labradores encontramos un extraño descenso entre los 50 y 59 años del cabeza, ilógico si tenemos en cuenta que en los demás tramos de edad los labradores aparecen entre el grupo con más hijos e hijas.

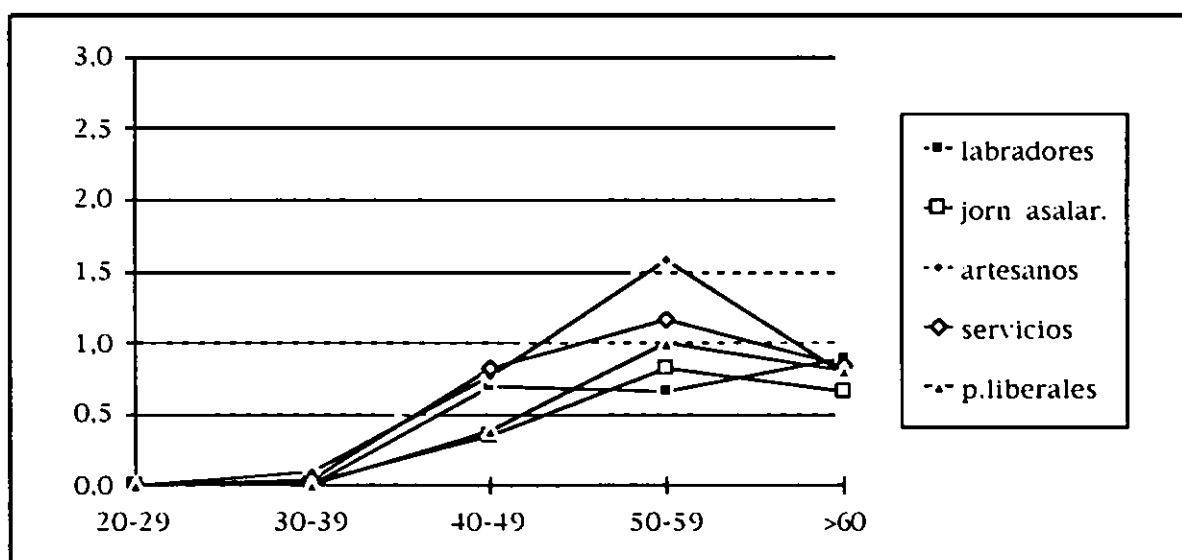
En cuanto a los hogares de jornaleros y asalariados, los datos de este gráfico demuestran que estos hogares tienen una menor capacidad de albergar a los hijos jóvenes y adultos,¹¹ que, o bien entrarí-

11 Tenemos que tener en cuenta que carecemos de un estudio detallado de la fecundidad y la mortalidad infantil diferenciadas socialmente, con lo cual no pode-

an a trabajar como domésticos en otros hogares, o acudirían a lugares más industrializados en busca de trabajo, como es el caso de las provincias costeras vascas. Los hogares con unidad económica propia, como labradores, comercio o artesanía, o los de mayores ingresos, como las profesiones liberales, tienen una mayor capacidad de mantener a los hijos en el hogar, ya que muchos de ellos trabajarían de una u otra manera en la explotación familiar. Estamos por lo tanto, ante diferencias sociales en cuanto a la permanencia de los hijos adultos en el hogar, unas diferencias que también se han encontrado en otras zonas rurales del área troncal navarra (Mikelarena, 1995, 295; y Erdozáin, 1999: 216).

GRÁFICO 1

N.º de hijos/as mayores de 14 años según la edad y profesión del cabeza de familia. 1887



FUENTE: Elaboración propia.

Como se ha podido ver, la posición social de la familia y el ciclo vital son elementos clave en la comprensión de las estrategias de coresidencia. Otro elemento importante que no he tratado en el

mos medir en qué medida esta menor permanencia de hijos adultos se debe también a una menor fecundidad de estos grupos o a una más que segura mayor mortalidad infantil. De todos modos, en la tesis doctoral he estudiado los datos sobre los totales de hijos e hijas en diferentes edades, y es en el caso de los mayores de 14 años donde aparecen las diferencias más significativas.

artículo pero que también influye de manera clara en estas estrategias es la inmigración, como se puede apreciar también en los datos de 1887, en los que se aprecia que en el caso de que ambos cónyuges sean nativos de la ciudad, todos los grupos sociales mantienen una mayor tendencia a la formación de hogares complejos (Mendiola, 1999).

4. El impacto de los inicios de la industrialización en las estrategias de coresidencia

Los datos analizados hasta ahora nos han dejado claro que los inicios del desarrollo industrial y urbanístico han ido acompañados de un aumento del porcentaje de familias complejas, a la vez que aumenta el número de los residentes en los hogares ligados familiarmente al cabeza de familia, mientras disminuye el de quienes vivían en el hogar sin tener lazos de sangre con la familia, como es el caso de sirvientes domésticos y huéspedes. Ahora bien, estas tendencias generales necesitan ser matizadas según los grupos sociales y la evolución del ciclo vital. Para ello voy a empezar comentando los resultados del cuadro 6, pero antes de ello quiero advertir que los datos de este año tienen una desventaja respecto a los de 1887, y es el hecho de que ni entre los labradores ni entre los artesanos con oficio aparece ningún tipo de anotación señalando si es asalariado o no, de manera que en ambos grupos perdemos una precisión importante de cara a desvelar su heterogeneidad interna.

Como se aprecia en el cuadro 6, conforme ha avanzado el desarrollo industrial el tamaño del hogar ha dejado de convertirse en un signo de diferenciación social, siendo el caso de las mujeres del sector servicios el único en el que el hogar medio no llega a cuatro miembros. Estas semejanzas en tamaño total, no obstante, esconde algunas diferencias en la composición del hogar, sobre todo en el caso de los sirvientes domésticos, que siguen estando presentes en los grupos de mayor nivel social, como sobre todo las profesiones liberales, y en menor medida los clasificados como «empleados», y los autónomos del sector servicios, (comercio y hostelería fundamentalmente), también en el caso de las mujeres de este último sector, en cuyos hogares la presencia de sirvientes está ligada a la de huéspedes.

CUADRO 6

Composición familiar según el grupo social. 1930

	<i>conyu</i>	<i>hijos</i>	<i>domést.</i>	<i>par.</i>	<i>sin par.</i>	<i>huesp.</i>	<i>tot</i>
I	0,9	2,4	0,1	0,5	0,1	0	5
II. artesanos	0,9	2	0,1	0,4	0	0	4,4
II. jornaleros	0,9	2,3	0	0,5	0	0	4,9
III. serv. asal	0,9	1,8	0,1	0,4	0	0,1	4,3
III. serv. empl.	0,9	2,4	0,3	0,4	0	0	5
III. serv. noasal	0,8	1,7	0,5	0,7	0	0	4,8
III. serv. muj.	0	1,5	0,4	0,2	0,3	0,4	3,8
III. prof.lib	0,7	1,7	0,9	0,5	0	0	4,9
total	0,6	1,9	0,2	0,4	0,0	0	4,3

Los números I, II, y III responden al sector económico, que posteriormente son matizados. Se trata de cabezas de familia masculinos, excepto cuando se indica que son mujeres. En el sector secundario se distingue entre artesanos con oficio y jornaleros sin cualificar. En el terciario encontramos asalariados en general, los clasificados como «empleados», los no asalariados (que sobre todo responden al comercio y hostelería, las mujeres del sector servicios y las profesiones liberales.

FUENTE: Elaboración propia.

CUADRO 7

Estructuras familiares según la profesión. 1930

	<i>labr.</i>	<i>jorn.</i>	<i>artes.</i>	<i>serv.</i>	<i>prof.lib</i>	<i>total</i>
I	2,9	2,8	3,8	1,3	0,0	6,8
II.a	0,0	0,0	1,9	1,3	11,1	5,1
II.b	2,9	2,1	0,6	1,3	7,9	3,5
III.a	14,3	9,7	18,4	13,3	14,3	9,3
III.b	51,4	52,8	48,1	37,3	34,9	35,8
III.c	0,0	5,6	2,5	5,3	3,2	3,6
III.d	0,0	0,7	2,5	1,3	3,2	13,5
IV.a	2,9	3,5	6,3	8,0	3,2	5,1
IV.b	2,9	3,5	2,5	4,0	9,5	4,1
IV.c	5,7	9,7	7,6	16,0	7,9	6,8
IV.d	2,9	0,0	0,6	4,0	3,2	1,4
V.a	8,6	2,1	1,3	1,3	0,0	2,0
V.b	2,9	4,2	2,5	2,7	0,0	1,8
V.c	2,9	2,1	1,3	2,7	1,6	1,1
V.d	0,0	1,4	0,0	0,0	0,0	0,2
total	100	100	100	100	100	100
% compl	28,6	26,4	22,2	38,7	25,4	22,4
% colaterales	8,6	11,8	8,9	18,7	9,5	7,9
% colat/compl.	30,0	44,7	40,0	48,3	37,5	35,1
% múltiples	14,3	9,7	5,1	6,7	1,2	7,9
% mult./compl.	50,0	36,8	22,9	17,2	6,3	22,9

FUENTE: Elaboración propia.

Estamos hablando, por lo tanto, de una relativa homogeneización de las estrategias de coresidencia, que también se observa en el análisis de las estructuras familiares a partir de los cuadros 7 y 8, ya que es el grupo de familias encabezados por un jornalero el que más ha aumentado su porcentaje de hogares complejos, de manera que ahora no se puede afirmar que una mayor complejidad familiar sea sinónimo de mayor status social, aunque no hay que olvidar que el grupo de hogares del sector servicios no asalariados es el que más porcentaje de este tipo de familias tiene. De todas formas, si profundizamos en el análisis de las estructuras familiares podemos encontrar diferencias importantes entre los grupos sociales.

En primer lugar, podemos subrayar el hecho de que la colateralidad haya aumentado de manera significativa de cara a la formación de hogares complejos, tal y como se desprende de los datos del cuadro 7, y como se ve corroborado en el hecho de sean los parientes colaterales los más numerosos, sobre todo cuando el cabeza de familia es menor de 40 años (Cuadro 8), dato que contrasta con el predominio de los parientes ascendentes en 1887. Estos cambios nos están probando, por lo tanto, un crecimiento de la complejidad colateral frente a la vertical conforme avanza el desarrollo industrial, a la vez que la complejidad familiar tiende a establecerse con pautas de horizontalidad en los momentos de formación del hogar.

Si avanzamos en el análisis socialmente diferenciado podemos apreciar la gran importancia de estos cambios entre las familias de los jornaleros, que van a pasar a ser el grupo social que más parientes alberga en sus hogares complejos, tanto en total como en el caso de los colaterales, situándose esta colateralidad sobre todo, pero no sólo, en los momentos de formación del hogar, y complementándose con la verticalidad descendente en los momentos de vejez del cabeza de familia. En el resto de grupo profesionales, excepto entre los artesanos, también podemos apreciar el crecimiento del número medio de parientes colaterales en los hogares complejos respecto a los datos de 1887, pero solamente entre los jornaleros y artesanos los parientes colaterales son más que los ascendentes o descendentes. Estamos por lo tanto ante una transformación de los patrones de formación de hogares complejos en los que la solidaridad horizontal, sobre todo en los momentos de formación del hogar, tienen más peso que las solidaridades verticales, más ligadas a prácticas troncales y a cuestiones de herencia de la unidad económica familiar.

CUADRO 8

Media de parientes asc/desc/col según la edad y profesión del cabeza. 1930

<i>labradores</i>					<i>jornaleros</i>				
	<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>		<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>
20-39	1,0	0,6	0,6	2,2	20-39	0,7	0,1	1,4	2,2
40-59	0,3	0,3	1,0	1,7	40-59	0,3	0,4	0,9	1,6
>59	0,0	1,5	0,0	1,5	>59	0,0	2,5	0,8	3,3
total	0,6	0,7	0,6	1,9	total	0,4	0,5	1,1	2,0
<i>artesanos</i>					<i>servicios no asalariados</i>				
	<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>		<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>
20-39	0,4	0,2	1,1	1,7	20-39	0,4	0,0	1,8	2,2
40-59	0,3	0,6	1,0	1,9	40-59	0,6	0,4	0,6	1,6
>59	0,0	0,8	0,3	1,2	>59	0,0	0,8	1,3	2,0
total	0,3	0,4	0,9	1,6	total	0,4	0,3	1,0	1,8
<i>prof. liberales</i>					<i>total</i>				
	<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>		<i>asc.</i>	<i>desc.</i>	<i>col.</i>	<i>tot.</i>
20-39	0,7	0,1	0,9	1,7	20-39	0,6	0,2	1,3	2,1
40-59	0,7	0,3	1,0	2,0	40-59	0,4	0,6	0,9	1,9
>59	0,3	1,7	0,3	2,3	>59	0,1	1,3	0,4	1,8
total	0,6	0,5	0,8	1,9	total	0,4	0,6	1,0	2,0

FUENTE: Elaboración propia.

Esta tendencia a fortalecer lazos familiares entre las clases populares nos hace matizar y relativizar el modelo lineal, o difusionista, que pudiera derivarse de la manera en que Elias (1989) entiende el «proceso de civilización», un proceso en el que la privatización del hogar, y el progresivo distanciamiento respecto a los sirvientes domésticos, juegan un papel fundamental. Si bien esas tendencias quedan claras entre las clases superiores, la evolución que encontramos entre las clases trabajadoras en estos momentos del desarrollo industrial es de ampliación del hogar para albergar a familiares en dificultades, aunque en el caso de Pamplona esta ampliación se limite a familiares, y no a acoger huéspedes, como fue el caso de las estrategias familiares de las clases trabajadoras en otras zonas de Euskal Herria, como la zona minera vizcaína (Pérez Fuentes, 1993).¹²

¹² Siguiendo con esa tendencia la separación del hogar de tareas remuneradas, tampoco hemos encontrado en Pamplona la existencia de prácticas generalizadas de trabajo a domicilio vinculadas con algún sector industrial, pero sí parece que en

Hemos observado que las familias cuyo cabeza es jornalero abandonan pautas preindustriales de coresidencia para reforzar los lazos familiares, pero esto no nos puede hacer pensar que esta es la salida de todas las familias más necesitadas. Más bien parece que la participación en el mercado laboral, esto es, la obtención de unos ingresos mínimos, es un requisito para poder desarrollar este tipo de prácticas. Si nos acercamos a la realidad de los hogares en los que ningún miembro tiene profesión declarada podemos observar que son hogares más pequeños, un tamaño medio de 2,22 miembros, y con menor porcentaje de familias complejas, un 8,7%. Estamos pues ante una pobreza extrema que imposibilita el mantenimiento de lazos de coresidencia fuertes, y que afecta especialmente a las mujeres, algo que también se puede apreciar en el caso del Bilbao de 1889, inmerso ya en un profundo proceso de cambios socio-económico, en el que el porcentaje de familias complejas entre la población pauperizada es de un 9,59%, bastante inferior al del total de la población (Gracia, 1999: 147).

En el caso de hogares encabezados por mujeres con empleo, podemos observar que en el cuadro 6 solamente aparecen mujeres del sector servicios, mientras que en la situación preindustrial de 1887 también aparecían lavanderas y costureras. Esta ausencia se debe a las transformaciones que se dan en estos dos sectores, la decadencia de la profesión de lavanderas, y la concentración de los trabajos textiles en mujeres jóvenes solteras (Mendiola, 1998a), algo que está en relación con el descenso de las tasas de actividad de las mujeres adultas en las primeras décadas del siglo XX y con la masculinización del mercado de trabajo (Mendiola, 1998b).

La presencia de hijos e hijas en los hogares también experimenta importantes cambios en los inicios del siglo XX, con aumento del número medio de hijos e hijas respecto a mediados del siglo XIX e incluso al siglo XVIII. Ya he señalado anteriormente que no contamos con datos de fecundidad y mortalidad infantil diferenciada para los diferentes grupos sociales, pero sí que tenemos datos para el con-

momentos concretos, como la I Guerra Mundial, o en algunas empresas sí se utilizaría esta estrategia, tal y como podemos leer en la autobiografía de Josefina Gueren-diain: «Ella era lavandera, muy limpia, y Luis carpintero. Además hacía almohadillas a diez céntimos para la gente que iba a los toros. (...) Sin salir de casa se dedicó a coser morrales y botones a las guerreras de los soldados de la guerra europea del 14» (1996: 15-22).

junto de la población de Pamplona, gracias a las investigaciones de Anaut y Sánchez Barricarte. Este autor, combinando los datos de fecundidad y mortalidad infantil, ha calculado que el número de hijos e hijas por mujer casada que llegarían a los 15 años aumentó desde mediados del siglo XIX hasta 1930, pasando de 2,31 en 1860 a 2,69 en 1930 (Sánchez Barricarte, 1998), lo cual nos hace pensar que esos cambios demográficos explican en parte el aumento del número medio de hijos e hijas en los hogares de Pamplona para 1930.

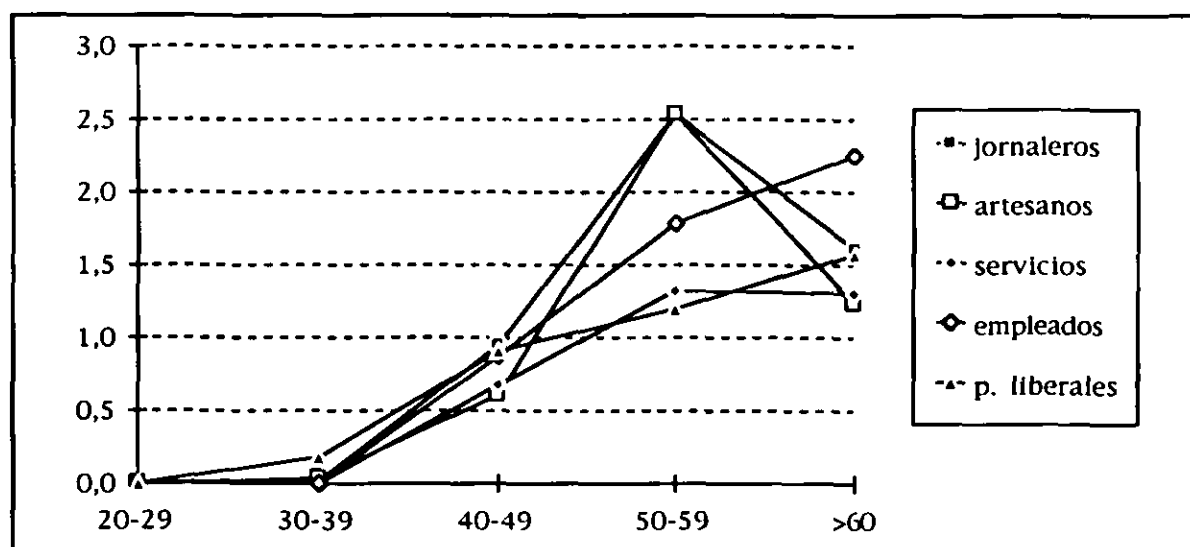
Sin embargo, los datos del gráfico 2 nos muestran un aumento mucho mayor al de esas tres décimas en el número medio de hijos e hijas que residían en los hogares, y eso debe ser explicado por un retraso en la salida del hogar familiar. Este retraso puede ser explicado en parte por la decadencia de un tipo de empleo que significaba una estrategia muy extendida entre las clases populares, el residir temporalmente en otro hogar, en calidad de sirviente doméstico, pero esa decadencia no es suficiente para explicar esta mayor permanencia en el hogar urbano, máxime cuando la mayor parte de los sirvientes domésticos eran inmigrantes. Además de la decadencia de lo que Laslett llamó «life-cycle servant», el alargamiento de la estancia de los hijos en el hogar tiene que ver también con la restricción de la nupcialidad, aumentando en Pamplona tanto el celibato definitivo como la edad media de las mujeres al casarse, que pasa de 24,5 años a 25,9 entre 1830 y 1930 (Sánchez Barricarte, 1998).

Seguramente, esta restricción de la nupcialidad en Pamplona tiene mucho que ver con las difíciles condiciones de vida y el problema de acceso a la vivienda, denunciados constantemente por las organizaciones sindicales, tal y como recoge el estudio de García-Sanz Marcotegui (1999), y una prueba de esas dificultades es lo que nos cuenta Josefina Guerendian sobre la boda de sus padres en 1915: «*Para empezar sus vidas en común, buscaron un cuarto con derecho a cocina en la calle de la Merced número 20*» (Guerendiain, 1996: 21), donde vivieron dos años, hasta el nacimiento de la segunda hija. Si bien estos condicionantes estarían en la base de este retraso en el matrimonio en Pamplona, es necesario no poder de vista que una tendencia parecida se observa en el conjunto de Navarra (Sánchez Barricarte, 1996), y del estado español, (Cachinero, 1982).¹³

13 Me parece que sería interesante relacionar esta tendencia de la nupcialidad con la evolución económica y social del estado español.

GRÁFICO 2

N.º de hijos/as mayores de 14 años residentes en el hogar según la profesión y edad del cabeza de familia. 1930



FUENTE: Elaboración propia.

A la hora de abordar las diferencias sociales en esta cuestión, de nuevo es en estas edades donde más claras aparecen las diferencias entre los sectores sociales, siendo muy difícil con los datos de que dispongo adentrarme en el mundo de las diferencias sociales en cuanto a la fecundidad matrimonial y a la mortalidad infantil. Sin embargo, los datos del gráfico 2 nos ponen de manifiesto que ahora son las clases trabajadoras quienes más hijos adultos albergan en el hogar, invirtiéndose los comportamientos del siglo XIX. Más allá de los datos concretos que aparecen en el gráfico, que pueden perder exactitud al descender el tamaño de la muestra, lo importante y destacable es el cambio producido en los hogares de las clases trabajadoras, que ahora albergan más hijos e hijas adultos, que combinan el trabajo asalariado con la convivencia en el hogar, en el cual su contribución económica resultará esencial.

Gracias al trabajo de P. Erdozain podemos comparar esta evolución del hogar urbano con la del hogar de una zona rural, la Navarra media occidental, y si bien en cuanto a la complejidad familiar hemos encontrado tendencias contrapuestas, respecto a la presencia de los hijos en el hogar la tendencia es similar, dándose un aumento del número medio de hijos e hijas en los hogares, sobre todo de los

mayores de 20 años, y especialmente entre las familias de más bajo status social, los carboneros (1999: 212).

Hemos podido observar, por lo tanto, que los inicios de la industrialización y las transformaciones urbanísticas han producido importantes cambios en las estrategias de coresidencia de las familias pamplonesas, sobre todo en las familias de las clases trabajadoras, que han reforzado los lazos familiares, mediante la convivencia con parientes o el retraso en la salida de los hijos del hogar. Para terminar, quiero relacionar esas estrategias familiares con los problemas sociales y con el mantenimiento del orden socio-político de la ciudad, una relación que a menudo se va a mover en el terreno de la reflexión y de las hipótesis, algo que creo necesario hacer para intentar acercarnos a la realidad social de una manera más integradora.

5. Condiciones de vida, ideología, cultura y orden social.

Algunas propuestas para la reflexión.

El trabajo de García-Sanz Marcotegui sobre el sindicalista Gregorio Angulo, en el que se hace un estudio de las condiciones de vida en la capital navarra nos muestra los problemas a los que muchas familias debían hacer frente en este primer tercio de siglo, tales como la carestía de los precios, la ausencia de viviendas o el desempleo estacional. Ejemplo de esas dificultades encontramos también en la autobiografía de Josefina Guerendiain. Debido a que la madre era lavandera y el padre cantero, podían permitirse un mínimo de independencia económica y vital, al no tener que depender en extremo de la caridad parroquial:

A mi madre, como tenía agallas para sacarse un dura trabajando, nunca le hizo falta que fuesen los viernes las alcahuetas de la conferencia de hambre de la parroquia. Se enteraban de tu vida, sin contar la de ellas, que dejaba mucho que desear. Solamente con ponerse la mantilla ya se ganaban al párroco, que le gustaban los chismes, como a ellas. (Guerendian, 1996: 38).

Sin embargo, esa posibilidad de mantener una cierta independencia, que debe ser también entendida como una lucha por mantener la dignidad, no significa que la familia pueda vivir al margen de

la caridad, y prueba de ello es «*cuando nevaba mucho, los pobres íbamos a comer alubias blancas con tocino gordo*» (1996: 72).

A pesar de lo difícil de establecer líneas claras para marcar la pobreza, creo que sí que se puede hablar de pobreza para hablar de la situación de muchas familias de Pamplona, y, sobre todo, de amenaza de pobreza, de un vivir al límite en el que diferentes situaciones, como el desempleo, el número de hijos, la viudez o una subida de precios se vivían como riesgos permanentes que amenazaban la supervivencia de las familias. Es por eso que me parece más que discutible la afirmación de Larraza (1998),¹⁴ en el sentido de que no se puede hablar de «bolsas de pobreza» en la Pamplona del primer tercio de siglo, porque parte de una concepción marginal de la pobreza, quizás válida para algunas ciudades de nuestros días, pero no para una población en la que cualquier variación económica o demográfica podría empujar a la pobreza y a recurrir a la beneficencia. En este sentido, comparto más la perspectiva de Woolf (1986) al hablar de una pobreza dinámica y hasta estacional, que de hecho se vivía como algo cercano y amenazante por la mayoría de las clases trabajadoras de la ciudad, y sobre todo, debido a las características del mercado laboral, por las mujeres. García-Sanz Marcotegui habla de entre un 15% y un 18% de familias a finales del siglo XIX (1999: 26), y cita al médico Arazuri, quien afirma que los pobres eran mayoría en Pamplona a principios de siglo.

Dentro de estas dificultades, no cabe duda de que el problema de la vivienda ocupa un papel fundamental, tal y como ya he señalado, debido a la negativa del Ministerio de la Guerra a permitir la construcción en las zonas de seguridad y a demoler parte de las murallas, lo cual impulsó un crecimiento urbano en altura y agudizó los problemas de hacinamiento de familias en una sola habitación y de subarriendo de cuartos, tal y como denunciaba, entre otros, el médico higienista A. Lazcano (1903).

En esta situación de amenaza permanente el recurso a la ayuda familiar se convierte en una estrategia cada vez más practicada entre las clases trabajadoras, a juzgar por el considerable aumento de las familias complejas. Esto es corroborado por los datos que he presentado, pero creo que a partir de ellos debemos hacernos nue-

14 Esta misma autora, en un trabajo posterior (1999) valora de manera más crítica la situación de la mayoría de los trabajadores de la ciudad.

vas preguntas a las que de momento sólo responderé con reflexiones e hipótesis. ¿Por qué actuaron de esa manera las familias pamplo-nesas? ¿Qué efecto tuvo su comportamiento en la vida social y política de la ciudad?

Si bien la situación de precariedad y la problemática de la vivienda parecen haber sido las principales causas de ese reforzamiento de los lazos familiares, no se puede olvidar la situación de 1887 o 1910 tampoco sería muy halagüeña para esas mismas familias. En lo que respecta al problema de la vivienda, tanto los estudios de Larraza como de García-Sanz recogen lo sitúan ya en torno al cambio de siglo, y en ese momento las familias de jornaleros eran las menos propensas a la complejidad, de manera que si bien la relación entre dificultades económicas y estas estrategias de coresidencia es evidente, creo que no se puede tomar de manera mecánica, y que habría que investigar por qué ese comportamiento no aparece hasta después de 1910, precisamente en el momento de mayor crecimiento demográfico de la ciudad. Además, el hecho de que los hogares en los que ningún miembro participe en el mercado laboral sean más pequeños y alberguen menos parientes nos hace pensar que se necesitarían unos mínimos de ingresos para poder desarrollar este tipo de estrategias.

Otra cuestión que no puede ser ignorada es el discurso y las prácticas paternalistas que desde diversas autoridades se están lanzando a la población durante los inicios de la industrialización, discursos y prácticas que autores como Sierra (1990) han denominado programa paternalista, en el que la familia juega un papel clave como garante del orden social, algo que también ha sido estudiado para el caso vizcaíno por Pérez-Fuentes (1991). Las instituciones de beneficencia, por su parte, también van a considerar el reforzamiento de los lazos familiares entre los pobres como uno de sus objetivos (Carasa, 1994). Si bien creo que no se puede afirmar que el fortalecimiento de los lazos familiares sean un reflejo pasivo de las intenciones de las autoridades, creo que tampoco se puede ignorar su influencia, máxime cuando ese reforzamiento de la familia aparece tanto en la prensa (Elsó, 1998) como en los informes de la *Comisión Provincial de Reformas Sociales* o en las publicaciones del higienista Lazcano (1903).

Habría que avanzar, por lo tanto, en conocer los efectos de ese discurso sobre los comportamientos cotidianos, ya que el hecho de

que la familia sea uno de las claves de las estrategias de las clases trabajadoras no nos debe hacer pensar que esto sea así debido a que cumplieron mecánicamente los dictados de las autoridades. No hay que olvidar, además, que en esos discursos paternalistas aparecen también valores de género que vinculan la mujer al mundo privado de la domesticidad, unos valores que tienen estrecha relación con la masculinización del mercado de trabajo en Pamplona durante las primeras décadas del siglo XX

Por otro lado, tal y como ya he señalado anteriormente, no se pueden comprender estos comportamientos familiares sin tener en cuenta su vinculación con el mundo rural navarro, del que eran originarios tres cuartos de los inmigrantes de la ciudad. El hecho de que la mayor parte de los inmigrantes sean originarios de la montaña y la zona media, donde predomina el régimen troncal, nos hace pensar que en el universo cultural urbano las familias complejas no estaban mal vistas, y que incluso eran un signo de distinción social. No creo que se pueda explicar el comportamiento de las clases trabajadoras por mimetismo hacia los grupos sociales superiores,¹⁵ pero creo que es lógica la hipótesis de que esa aceptación social de la familia compleja en el entorno rural, e incluso en la Pamplona preindustrial, ayudaría a que cuando las clases trabajadoras recurren a ese apoyo familiar en forma de coresidencia esto no sea visto de manera vergonzante o como fuente de desprestigio.

Estamos por lo tanto ante diferentes factores que favorecen el desarrollo de este tipo de estrategias de reforzamiento de la familia entre las clases trabajadoras, desde la situación del mercado laboral y de la vivienda, al programa paternalista que lanzan las autoridades o a los valores culturales y sociales sobre la familia compleja en el mundo rural del que proceden la mayoría de los inmigrantes de la ciudad.

Es verdad que asistimos en este primer tercio del siglo a un fortalecimiento de esos valores familiares entre las clases populares, y en ese sentido, me parece muy interesantes algunas de las reflexio-

15 En estos sentidos, si bien comparto la idea de Burguière (1986) sobre cierta difusión social de los valores en que se asientan ciertos sistemas familiares, como es el caso de las familias complejas, más comunes entre las clases propietarias, creo que su efecto más puede ir en el sentido de una mayor valoración social que en el de una copia mecánica de los comportamientos de las clases superiores.

nes de Ugarte (1998) sobre los valores «tradicionales» en la Pamplona de los años treinta, y sobre la persistencia de este tipo de valores, así como la exaltación del mundo rural, en un momento de transformaciones sociales en la ciudad. Ahora bien, me parece que ese tipo de reflexiones no debe partir de una visión estática de la demografía urbana que subestime el protagonismo de la inmigración en la vida cotidiana de la ciudad, tanto en lo que era su comportamiento preindustrial, como en el incremento de la década de los años veinte, en la que Pamplona registró la mayor tasa de migrantes anuales por mil habitantes de las capitales vascas peninsulares (Mikelarena, 1993, 429).¹⁶

Sin esa continua comunicación humana, sobre todo por medio de los continuos movimientos migratorios, y sin ese progresivo deterioro de las condiciones de vida de las clases trabajadoras sería muy difícil explicar el relativo éxito del reforzamiento de los lazos familiares obreros. Es en un momento de cambio y de fuertes transformaciones en el que la familia se revela como uno de los mecanismos de defensa de los trabajadores, un mecanismo que, en la medida que no es percibido de manera vergonzosa, puede que contribuya a cierta estabilidad social.

No pretendo con estas reflexiones, ni mucho menos, afirmar que el reforzamiento de la familia es el principal responsable del mantenimiento del orden social en Pamplona en los inicios de una industrialización capitalista basada en un desigual reparto de la riqueza y de la posibilidad de acceso a los recursos. Oliver (2000) ya ha explicado la importancia de los mecanismos penales y penitenciarios en el control de la pobreza en Navarra durante la instauración del estado liberal, y en el mismo estudio de García-Sanz (1999) se reco-

16 Ugarte habla de la «*demografía endogámica*» de Pamplona en contraste con el resto de capitales vascas, que «*crecían impulsadas por una fuerte inmigración*», subregistrando el crecimiento total entre 1860 y 1920 (1996: 166). Además, ya he señalado anteriormente la importancia de la inmigración en la evolución de la población de Pamplona, todavía inmersa en comportamientos preindustriales en los que era precisamente la importancia de la inmigración la que contrarrestaba el crecimiento natural negativo. La presencia migratoria crece de nuevo en la década de los veinte, en la que es precisamente Pamplona la capital vasca peninsular que mayor tasa de crecimiento acumulativo anual registra, 2,62 % (Mikelarena, 1993, 425). Por otro lado, también García-Sanz Marcotegui (1987) ha resaltado la importancia de los movimientos migratorios en la capital navarra.

gen diferentes mecanismos represivos utilizados contra el creciente movimiento sindical pamplonés, sobre todo en torno a la UGT, a lo que hay que sumar la abundante historiografía sobre el orden socio-político en la Restauración. Partiendo de la importancia de esos mecanismos de control, Oliver plantea la necesidad de tomar también en cuenta lo que teóricos del control social como Bergalli y otros autores han llamado «controles informales», dentro de los cuales se deben incluir mecanismos demográficos y sociales como las migraciones o las relaciones familiares, que muchas veces son fundamentales para el mantenimiento del orden social.¹⁷

En ese sentido, creo que tanto el fortalecimiento de esos lazos familiares como estrategia de defensa de las familias trabajadoras en la Pamplona de principios de siglo XX, plasmado en un aumento de las familias complejas y en el retraso en la salida del hogar de hijos e hijas, como el hecho de que la complejidad familiar tuviera profundas raíces y una gran aceptación socio-cultural en el marco rural navarro fueron mecanismos que contribuyeron a suavizar las tensiones, actuando como factores de estabilidad social en un sistema económico que continuamente estaba generando pobreza y desigualdad.

Bibliografía

- ANAUT, S., 1998, *Mortalidad y política sanitaria y urbana en Pamplona: La mortalidad infantil y juvenil y sus causas*, Iruñea-Pamplona.
- ANDERSON, M., 1971, *Family structure in nineteenth century Lancashire*.
- ARBAIZA, M., 1994, *Estrategias familiares y transición demográfica en Vizcaya (1825-1930)*. Tesis doctoral. Leioa, UPV-EHU.

17 Reher ha remarcado la importancia de las estrategias de ayuda intrafamiliar como respuesta frente al paro en el estado español durante las últimas décadas como una de las claves de la una mayor cohesión social: «Otra vez los mecanismos de solidaridad propios de las sociedades de familias fuertes hacen que los efectos negativos del desempleo se absorban dentro del grupo familiar que, como siempre ha ocurrido, sirve de escudo para sus miembros ante los atavares del empleo y de los ciclos económicos. Ante tal nivel de desempleo en un país como Norteamérica, por ejemplo, el desarraigo hubiera sido mayúsculo y hubiera traído consigo enormes consecuencias sociales y políticas» (Reher, 1999: 20).

- ARBAIZA, M., 1996, *Familia, trabajo y reproducción social. Una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del Antiguo Régimen*. Bilbao. UPV-EHU.
- BURGUIERE, A., 1986, «Pour une typologie des formes d'organisation domestique de l'Europe moderne (XVI-XIX siècles)», *Annales E.S.C.*, 3.
- CACHINERO, B., 1982, «La evolución de la nupcialidad en España (1887-1975)» *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 20.
- CAMPS, E., 1995, *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*. Madrid. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- CARASA, P., 1994, «La familia de los grupos populares próximos a la pobreza en la sociedad castellana decimonónica», *Boletín de la ADEH*, XII, 2-3.
- ELIAS, N., 1989, *El proceso de civilización, investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- ELSO, M.P., 1998, «La mujer en la prensa semanal de pamplona de principios de siglo», *Huarte de San Juan, Geografía e Historia*, 5. NUP, Iruñea.
- ERDOZAIN, P. y MIKELARENA, F., 1990, «La demografía de Estella y su merindad entre 1786 y 1930», en *Príncipe de Viana*, 190. Iruñea-Pamplona.
- ERDOZAIN, P., 1999, *Propiedad, familia y trabajo en la Navarra Contemporánea*. Iruñea-Pamplona, Institución Príncipe de Viana, Gobierno de Navarra.
- FERRER y ALOS, Ll., 1994, «Notas sobre la familia y el trabajo de la mujer en la Catalunya Central (siglos XVIII-XIX)». *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XII, 2-3.
- GARCIA-SANZ MARCOTEGUI, A., 1987, «La influencia de la inmigración en el desarrollo demográfico de Pamplona», en *Príncipe de Viana*, 181. Iruñea-Pamplona.
- GARCIA-SANZ MARCOTEGUI, A., 1999, *Los «obreros conscientes» navarros, Gregorio Angulo (1868-1937)*. Fundación J.J. Gorricho, UGT, Iruñea.
- GONZALEZ PORTILLA, M. (dir), 1996, *Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo*, Bilbao.
- GRACIA, J., 1999, «Aspirando a sobrevivir: hogares y familias pobres en Bilbao a finales del siglo XIX», CASTELLS, L., (ed.) *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco Contemporáneo*. EHE-UPV, Bilbao.
- GUERENDIAIN, J., 1996, *Nacida en Navarrería*. Iruñea.
- HAREVEN, T.K., 1982, *Family time and industrial time*. Cambridge University Press.

- HAREVEN, T.K., 1991, «The home and the family in historical perspective», *Social Research*, 58, 1.
- HAREVEN, T.K., 1995, «Historia de la familia y la complejidad del cambio social», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XIII-1
- HARRIS, C.C., 1986, *Familia y sociedad industrial*. Barcelona. Península.
- LARRAZA, M.M., 1998, *Aprendiendo a ser ciudadanos, retrato socio-político de Pamplona, 1890-1923*. EUNSA, Iruñea-Pamplona.
- LARRAZA, M.M., 1999, «El asociacionismo obrero pamplonés (1900-1923)», *Gerónimo de Uztariz*, 14/15.
- LARRION, P., 1995, «Nafarroako industrializazioa», ZALDUA, I., eta ZURBANO, M.,(edit.), 1995, *Industrializaziotik desindustrializaziora?*, UEU, Bilbao.
- LASLETT, T.P.R., 1972, (edit.) *Household and family in past time*, Cambridge University Press
- LAZARO, M. y GURRIA, P., 1992, «La familia y el hogar en Logroño durante el siglo XVIII» en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*.. X-3.
- LAZCANO, A., 1903, *Higiene y salubridad pública en Pamplona*. Iruñea-Pamplona.
- LOSHUERTOS, C., 1991, «Localización del sector industrial en Navarra, (1888-1927): factores y condicionamientos» en *II Congreso de Historia de Navarra de los sg. XVIII, XIX y XX: demografía, economía y sociedad*. Iruñea-Pamplona.
- MENDIOLA, F., 1998, «Renovarse y morir: costureras y lavanderas, dos estrategias familiares diferentes en los inicios de la industrialización (Pamplona, 1840-1930)», VV.AA., 1998, *Mito y realidad en la historia de Navarra*. Iruñea-Pamplona.
- MENDIOLA, F., 1998b, «Family, gender and labor market in a lately industrialized city: Iruñea-Pamplona, 1840-1996», *Histoire, Economie et Démographie, migrations, cycle de vie familial et marchés du travail*, Entretiens de la Société de Démographie Historique et de l'Association Française des Historiens Economistes. Paris.
- MENDIOLA, F., 1999, «Inmigración en Iruñea-Pamplona a finales del siglo XIX, aproximación a partir del censo de 1887». González Portilla, M., y Zarraga, K., (ed.), 1999, *IV Congreso de la Asociación de Demografía Histórica, I, (Bilbao, 1995)*, Euskal Herriko Unibertsitatea.
- MIKELARENA, F., 1992, «Estructuras familiares en la España tradicional. Geografía y análisis a partir del Censo de 1860» en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*. X-3
- MIKELARENA, F., 1993, «El proceso de urbanización en el País Vasco peninsular entre 1860 y 1930», *Cuadernos de sección, Geografía e Historia*, 21. Eusko Ikaskuntza, Donostia, or. 413, 434.

- MIKELARENA, F., 1994, «Estructuras familiares, ciclo de vida, composición del hogar y mano de obra extrafamiliar en el seno de los grupos domésticos de una ciudad tradicional: el ejemplo de Pamplona en 1786», en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XII, 2-3. -
- MIKELARENA, F., 1995, *Demografía y familia en la Navarra tradicional*. Iruñea- Pamplona.
- MORENO, A., y ZABALZA, A., 1999, *El origen histórico de un sistema de heredero único, el prepirineo navarro, 1540-1739*, Rialp, Madrid.
- OLIVER OLMO, P., 2000, *La cárcel y el control del delito en Navarra entre el Antiguo Régimen y el estado liberal*. Tesis doctoral inédita, Leioa, Bizkaia, EHU-UPV.
- ORVE SIVITE, A., 1984, *Arquitectura y urbanismo en Pamplona a finales del siglo XIX y comienzos del XX*. Pamplona.
- PEREZ-FUENTES, P., 1991, «El discurso higienista y la moralización de la clase obrera en la primera industrialización vasca», *Historia Contemporánea*, 5, Bilbao.
- PEREZ-FUENTES, P., 1993, *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína (1877-1913)*. Bilbao.
- REHER, D.S., 1990c, *Town and country in pre-industrial Spain. Cuenca, 1550-1870*. . Cambridge.
- REHER, D.S., 1996, *La familia en España, pasado y presente*. Madrid, Alianza Editorial
- REHER, D.S., 1999, «Familia y sociedad, el legado de la historia en el mundo contemporáneo», V. *Tokiko Historiako Jardunaldiak. Familia Euskal Herrian, Vasconia*, 21. Eusko Ikaskuntza, Donostia
- REFORMAS SOCIALES, 1985, *Información oral y escrita publicada 1889-1893*. Ministerio de Trabajo. Madrid.
- SANCHEZ BARRICARTE, J.J., 1998, *El descenso de la natalidad en Navarra (1786-1991)*. Iruñea, Príncipe de Viana.
- SIERRA, J., 1990, *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial*. Madrid. Siglo XXI.
- THOMPSON, E.P., 1989, «Folklore, antropología e historia social»; *Historia Social*, 3.
- UGARTE, J., *La nueva Covadonga insurgente, Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- WOOLF, S., 1989, *Los pobres en la Europa Moderna*, Crítica, Barcelona.